17-19 de abril 2026 (Córdoba. Patrimonios invisibles)

Guardianes de las cosas pequeñas

En el mismo momento en el que se cerró el viaje a Córdoba, Lucía y yo contactamos con la investigadora que vino con nosotras a Atapuerca para encargarle que escribiera una crónica de la nueva experiencia. Pero para nuestra sorpresa se negó rotundamente. Nos contó que era imposible intentar replicar su trabajo y que sabía que no podía cumplir las expectativas levantadas.

Después de preguntarle las razones, nos planteó que la escritura antropológica es irrepetible, que no se puede copiar un tipo de texto porque las circunstancias cambian, las observaciones son diferentes y las vivencias y apuntes tomados, su cuaderno de campo, se construye en cada ocasión, es irrepetible. Pero la principal razón que nos dio es que el imaginario de la calidad del texto anterior que se había instalado en el grupo estaba muy por encima de lo real. ¿Por qué? le preguntamos. "Porque ese texto no era tan bueno, y en impacto solo tuvo que ver con que puso en palabras algunos de los sentimientos que atravesaron a esas 70 personas durante el viaje. Porque sirvió para que cada una se reconociera en esos párrafos y así reviviera, al releer frase tras frase, lo que ocurrió en esas 48 horas inolvidables. Y eso es algo que no se puede repetir. Lo importante es la experiencia, no lo que se escribe de ella."

Envalentonados y sabiendo la importancia, la propusimos multiplicar por diez el pago anterior, pero ni así despertamos su interés. Y con resignación desistimos. Por eso me ha sorprendido abrir hoy mi correo y encontrarme esto en mi buzón.

Hola Víctor.

He estado hablando con varias de las personas que han acudido al viaje y veo que lo habéis logrado, otra vez. Estaba equivocada pensando que las expectativas levantadas iban a frustrar este intento. Pero habéis conseguido superaros.

Lo que más me ha intrigado de este nuevo encuentro ha sido por qué ha sido tan diferente. Interpreto que quizás ha pasado "el ansia" del primero y las personas han acudido más calmadas. Ese ímpetu inicial, esa avidez por hablar de TFGs, compartir experiencias de asignaturas, conocer otras investigaciones… ha mutado hacia un encuentro tranquilo, quizás más orientado hacia lo personal. Creo que la antropología ha tomado cuerpo, además de en conversaciones de créditos y temarios, en indagaciones personales, espacios de conversación pausada sobre vidas, trayectorias y personas. Ese apetito inicial por la relación social estudiantil, necesaria por el aislamiento vivido tantos años, se ha transformado, generando espacios de relación que permiten conocer los mundos del Otro. Me preguntaba cómo y por qué se habrá dado ese tránsito, así es que lo he indagado un poco.

Una de las compañeras decía que estaba sorprendida de la llegada, de la primera tarde. Cuando miró a la sala observó que casi todas las personas eran "repetidoras". Lo que ella pensaba que iba a ser una nueva generación de redes y nuevas amistades, viró hacia el placer de abrazos con cuerpos reconocibles. Las preguntas en vez de "en que curso estás" eran ahora sobre "cómo te fue en" o "como resolviste aquello". Las sonrisas ya eran cómplices, las neuronas ya tenían entrenada la empatía. Y las nuevas adquisiciones se incorporaron rápidamente, pasando casi instantáneamente a ese "espacio seguro" en el que es posible consolidar relaciones.

Quizás eso es lo que ha permitido ese "dejarse ir". El miedo de Atapuerca a lo desconocido, a los conflictos que pudieran surgir, aquí ni siquiera amaneció. La sensación de dejarse fluir ante la milimétrica y cuidada programación, acompañados de excelentes *cicerones*, ha contribuido probablemente a esa sensación de bienestar constante que ha permitido disfrutar *el duende* del patrimonio andalusí y de sus gentes. La emblemática sede de la UNED y, sobre todo, la visita a las caballerizas, ejercieron de vestíbulo de la *Casa de los Sueños Cordobesa*. Entrar en aquel espacio regalado, salpicados de ricos manjares que enturbian los sentidos, permitió acceder a un espacio liminal fantástico que inauguraba un viaje por el *patrimonio de los sueños*.

Esa pequeña alucinación construyó un transitar de tres días en los que pareciera vivirse algo normal. Solo ahora, transcurridos unos días, empieza a asimilarse poco a poco la grandeza de lo vivido. Me cuentan cómo se empiezan a sentir parte de una historia que, vista desde la distancia, parece *una quimera*: ¿Cómo hablar de ese paseo solitario por esa mezquita que invade nuestros sentidos, que nos deja sin palabras? ¿Cómo explicar que cientos y cientos de años te atraviesan cuando visitas *Madīnat az-Zahrā*? Piedras en el suelo, patrimonio que se pisa, que se siente, que se incorpora. Y yo me preguntaba: ¿Qué hay tras las piedras de esos monumentos, de ese patrimonio? ¿qué es lo que perciben y sienten estos antropólogos y antropólogas y en cambio atraviesan sin ver esos turistas o despedidores de solteros y solteras?

Personas. Prácticas. Cultura. Sociedad. Y cosas pequeñas, chiquitas. Por ejemplo, en *Madīnat az-Zahrā*, a través de unas canalizaciones de piedra que permitían llevar el agua a muchas de las casas y tener grifos, pueden reconocer lo que estas gentes habían conseguido y cómo les gustaba vivir. En las marcas de soportes que permitían girar las puertas escuchan cómo eran y cómo actuaban, con una puerta tras otra por seguridad. En los caminos escondidos para las cocinas del palacio, en los baños públicos (o no tanto), pueden observar algunos de sus cuidados. O en la suntuosidad de un salón rico ellos y ellas ven el juego del poder, de cómo la ciudad se organiza para deslumbrar a los visitantes o a los pedigüeños. De pronto, mientras

otros grupos caminan cámara en mano instagrameando sus poses antes las piedras, algunas personas de este grupo se echan para atrás, se tocan los ojos y alejan la mirada ¿Qué hacen, te preguntarás? Se están poniendo sus gafas de antropólogo o antropóloga, están abriendo el foco, están mirando desde otro ángulo. Incluso miran a quien hace la foto. De hecho, seguro que alguien del grupo, observándoles, piensa: Ya están estas, haciéndose preguntas (y sin dar respuestas).

Pero a las personas antropólogas sobre todo se les da bien mirar a otras personas y lo que hacen. Por eso me dicen que la Romería del domingo permitió poner en práctica eso que llevan aprendiendo tiempo. En un lugar en el que el extrañamiento está casi garantizado, se quedan sin aliento al escuchar a Jose Antonio hablar con una pasión desbordada de las carrozas, las peñas o su hermandad. Pero, sobre todo, viven ese imbuirse del espíritu de habitar en primera persona esa observación participante, conversando con el cura, subiéndose a una carroza, mimetizándose con claveles, lunares o mantones, incluso con bebidas y comidas nada tradicionales o en una misa rociera… El ambiente consigue entonces despertar el interés de muchas personas de este grupo que, aunque seguramente nunca se hubieran acercado a un lugar como este, viven una experiencia única.

De repente, cobran sentido las palabras del incombustible e inconmensurable Honorio y de Paz, emerge el concepto del *patrimonio inmaterial* en todo su esplendor… de pronto cobra sentido… esto es… Y traspasa la romería para que cada persona lo imagine en otros momentos vividos: fiestas del pueblo, comidas tradicionales, vidas y actividades que parecen cotidianas… Y acaba de tomar forma, acaban de entenderlo, cuando ven a la cocinera haciendo la mazamorra con la Thermomix y, ante los y las antropólogas ojipláticos por esta supuesta vulneración de la tradición del mortero (y las horas de preparación), Paz generosamente explica que esta es la diferencia entre conocer la tradición y hacer arqueología. Y empiezan a entender la diferencia entre fosilizar un evento y cuidarlo.

De pronto, ese grupo quizás comprende cómo se ha de mimar el patrimonio inmaterial sin convertirlo en cosa, sin enmarcarlo en una pared para turistas alejando a sus practicantes. Ese patrimonio tendrá sentido cuando lo tenga para quienes lo practican, no para quienes lo ven. Ahí adquiere significado la idea de que los y las que nos dedicamos a la antropología “tenemos” que estar en el cuidado del patrimonio, tanto material como inmaterial. Y ahí toma relevancia lo que Paz nos dice, que tenemos que ser sus “*guardianes de la galaxia*”, las guardianas de las cosas chiquitas de la humanidad, las guardianas de la importancia o del valor que tienen las cosas pequeñas.

Pero me cuentan que esta fantasía, que quizás empieza este grupo a percibir estos días en su plenitud, ese encontrarse en la mezquita solas, o ese transitar por el

salón rico y, sobre todo, esa ensoñación vivida en las caballerizas o ese poder acceder hasta los entresijos más íntimos de una popularísima práctica cultural (incluso con el coche), tiene tras de sí mucho esfuerzo escondido. Como ese patrimonio invisible que nos cuesta apreciar. De hecho, seguramente es difícil comprender las dimensiones de vuestra "intrusión" y la necesidad de un trabajo al milímetro de las organizadoras para que todo suceda, para que 60 personas funcionen como un reloj mientras transitan por diferentes sueños, por espacios oníricos que abotargan los sentidos. El tiempo y el esfuerzo que no se ve, que no se recompensa, es difícil de percibir. Como tener una generosa ángel de la guarda cordobesa que ofrece las llaves de su ciudad, que la brinda en bandeja, permitiendo sumergirse en años de historia, pero, sobre todo, en prácticas culturales que conforman tanto el patrimonio material como inmaterial.

Por cierto, les he preguntado también a varias de las participantes por esa extensa participación profesoril. Me han contado con detalle que no les ha sorprendido tanto el número como el tipo de participación. La estampa de gran parte del grupo marchando a ritmo vivo hacia el bus mientras varios de ellos jugaban a lanzarse agua de una fuente (como esos que se sentaban atrás en las excursiones), habla mucho de su integración en el grupo y en la ilusión de estos días. Con esa música de fondo habitual y una actitud sosegada (y a veces socarrona) han pasado completamente desapercibidas las posibles diferencias, siempre con un agradable saber estar en cada momento. Ese romper las barreras de la institucionalidad universitaria de Atapuerca parece que ha dado un paso adelante para hacer convivir de tú a tú a personas que, simplemente, están en lugares diferentes, pero que se ven y se reconocen. Que se encuentran en lugares comunes y se enriquecen mutuamente. Aunque al principio de un camino es difícil vislumbrar y comprender el final, quizás estos encuentros que permiten barajar la estructura formal y sus habitantes consiguen una revitalización de la institución difícil de emular por otros medios. De pronóstico incierto, la relación que se establece entre docentes, representantes y estudiantes probablemente sobrepase lo visible. Por eso os podéis permitir la licencia de pensar que quizás estéis construyendo Patrimonio Invisible en UNED, y, seguramente, edificando antropología de la buena.

Y qué decir de las personas participantes, "conjuradas" en ese precioso entorno en torno al fuego nocturno para volver a encontrarse. Generosas en su circular de estos días hasta rayar la pérdida de cordura, aportando cada una sus pequeños y pensados presentes, y facilitando un fluir que ha permitido vivir en todo su esplendor el sueño entre naranjos, geranios y claveles. Ellas, también artífices de todo lo maravilloso que ha ocurrido, transitan con placer por ese ensueño, preguntándose a cada paso si están aprendiendo a hacer en antropología. Por eso seguramente reflexionan sobre lo asimilado estos días y, sobre todo, si están a la altura de ser "Quijotes que no se quedan con nada", guardianes de una diversidad

cultural que quiere pensar en sus comunidades, en sus personas, en sus prácticas. Y entonces se recuerdan sentadas junto a personas diversas, escuchando sus voces, como han hecho con las romeras y romeros de Santo Domingo. O alejando la mirada para observar e intentar entender a los invitados que visitaban perplejos y acongojados el Salón Rico hace cientos de años. O palpando con sus pies y con su corazón las baldosas en las que millones de personas colocaron sus alfombras mientras hoy veían reflejados los rayos del rosetón. O saboreando comidas tradicionales, trasmitidas de generación en generación, pero actuales. Todo hecho por personas, que son a las que miran las personas que ejercen la antropología. A ellas y a sus prácticas. A ellas y a su diversidad.

Imagino el fuego de los ojos al marcharse cada una a su tierra y estoy segura de que serán capaces de estar a la altura de la tarea encomendada, la de ayudar a comprender y respetar la diversidad cultural, a aprender de ella y a convencer así a la sociedad de que ellos y ellas son necesarias para cuidarla, atenderla. Y así poder asegurar la convivencia, la de todos y todas, la de todas las sociedades. Como defiende Honorio, es la única forma. Sus ojos dicen que lo intentarán. Sus cuerpos dicen que aceptan el compromiso de ser *los guardianes y guardianas de las cosas chiquitas de la humanidad*, que son las mismas que la hacen grande. Los guardianes y guardianas de la diversidad cultural.

Quizás por eso ellas y ellos son el verdadero patrimonio ~~invisible~~.

Gracias por otro fin de semana maravilloso

Victor Arias

A Lucía por soñarlo, a Karen por concretarlo y a Montse por ayudarlo
A Victoria, guardesa de las llaves de nuestros sueños en Córdoba
A las cordobesas que nos han ayudado con sus consejos
A Nacho, Paz, Paco, Honorio, Julián, Jorge, Alfonso y Eduardo por asomarse, abrir la puerta y entrar
A todas las personas que han hecho parte, por construirlo y permitir que fuera rodado